

# GABRIEL GONZALEZ VIDELA

El fallecimiento de Gabriel González Videla por uno de esos designios del destino —que tanto marcaron su vida— ha coincidido con un momento de nuestra vida política de la más alta importancia. El plebiscito al cual se sometió la nueva Constitución y que requiriera de la ciudadanía una clara definición.

González Videla impedido por la muerte de concurrir a él, ha hecho su último servicio al país, al atraer la atención sobre su personalidad como ciudadano, valiente como pocos en los momentos precisos de las definiciones y convencido ante todo en hacer prevalecer el bien nacional a cualquier interés partidista o personal.

La labor realizada por el ex Presidente de la República como gobernante fue fecunda en varios aspectos, los que han sido profusamente recordados en estos días. El voto a la mujer, la Declaración de las 200 millas marinas, la reivindicación de la soberanía chilena en la Antártica, por nombrar algunos hitos en su trayectoria, son hechos suficientemente elocuentes para reiterar ante nuestra memoria su aporte como servidor público por todos reconocido. Por ello, en este comentario editorial queremos referirnos más bien a su personalidad, como ejemplo y testimonio, y al significado mismo de su obra pública. Esto último se ha visto realzado por sus palabras que han brotado nuevamente en todos los medios y especialmente en una entrevista audiovisual hecha **de profundis** en que analiza con realidad, sencillez y enorme simpatía su época y circunstancias, constituyéndolo en un testamento político de la mayor trascendencia y oportunidad. ▶

Lo sustancial de este testimonio es que nos muestra con meridiana precisión los límites de acción política de un mandatario, al señalar la indispensable autocritica y decisión que son indispensables para ejercer dicho cargo.

El relato hecho para ser difundido en forma póstuma nos describe las servidumbres que requería nuestra antigua democracia para alcanzar el poder y los múltiples riesgos que se traducían en pactos, alianzas, herencias políticas hechas sin el conocimiento ni la voluntad del pueblo.

En este estado de cosas fue para el radicalismo necesario contar con apoyo marxista para que sus candidatos pudieran llegar a la primera magistratura del país. Esta condición obligó a que participaran en las responsabilidades del Gobierno. Es quemante ver como esa experiencia mostró a Chile entero y en especial al Gobierno de Gabriel González Videla la deslealtad de estos elementos. Ella afectó no sólo al Presidente sino que también, por su servil actitud hacia Moscú y a través de su enquistamiento en la administración pública para acaparar los puntos claves, a los compromisos democráticos, traición que se realizaba socavando el régimen mismo del cual ellos participaban, recurriendo a todos los medios, incluso a los más violentos. Ello evidenció ante todos la irreductible incompatibilidad entre marxismo y democracia.

No obstante lo anterior, la drástica medida de expulsarlos del Gobierno y de inhabilitarlos para actuar en la vida política no sólo no contó con las simpatías de muchos de sus partidarios y colaboradores, sino que, por sus consecuencias, requirió que el propio Gabriel González Videla arriesgara su situación política.

Su coraje lo demostró reiteradamente. Se recuerda con especial significa-

ción las veces en que para llegar a las masas trabajadoras expuso incluso su vida. La vez que bajó en Lota a los piques de carbón, en plena huelga de los mineros, a fin de resolver una importante crisis laboral, constituye un ejemplo saliente al respecto. Sólo un hombre con ese valor pudo superar el estado convulsionado y de intranquilidad social, víctima de la demagogia y el halago marxista, el cual había alienado a un vasto sector trabajador. Por lo demás, había sido esa misma mentira y halago —el que con profunda sinceridad y honestidad, confiesa— habían logrado engañarlo como Presidente para obtener de esa manera el ansiado poder que harían de Chile una base al servicio de Moscú creando un frente en la recién iniciada guerra fría.

Resulta inconcebible cómo esa dramática experiencia no se hubiera encarnado en quienes detentaron el poder posteriormente en Chile y que ya en ese período alcanzaban importantes cargos políticos.

Su vida entera fue coherente con su pensamiento y dentro de ella debemos considerar esa situación histórica. Pudo afrontarla por virtud de su ideario democrático, que lo hizo tolerante y resistente a los ataques partidistas. Pudo superarla porque comprendió que en su esencia, la democracia no puede coexistir con quienes la quieren liquidar.

Hay en su vida política un prolongado esfuerzo por impulsar sus concepciones ideológicas ante cualquier panorama político. Durante los días de la Unidad Popular, hizo cuanto pudo por hacer presente la honda crisis a que el gobierno socialista estaba llevando al país. Depuesto dicho régimen, asumió las tareas que el destino histórico le tenía reservada y, dejando de lado todo interés personal, comprendió que la ruptura institucional del país



era de tanta profundidad que exigía una renovación total. Su propia experiencia le indicó el camino a seguir y por ello, consecuente con su manera de ver, aportó su esfuerzo y talento hasta el final. No de otro modo se explica que haya asumido la Vicepresidencia del Consejo de Estado, cuya acción en la elaboración de la nueva Constitución resultó ser imprescindible.

No se podría dejar de mencionar en esta oportunidad su indiscutible vocación radical, como que fuera un legítimo exponente de tan importante agrupación política nacional, que tantas repercusiones tuvo en el país en este siglo, especialmente en su primera mitad. Es claro que en las virtudes cívicas de González Videla están presentes los mejores valores del radicalismo, especialmente en cuanto se identificaron, en su tiempo, con una manera de ser y pensar de los chilenos.

Hay pues en Don Gabriel González

Videla todo un testimonio.

Si la hidalguía en saber reconocer los errores cometidos por la presión política y la libertad de actuar sin necesariamente justificarse continuamente hubiera sido una constante de nuestros altos dirigentes, el precio que Chile ha debido pagar en el último decenio habría sido más bajo.

Si la franqueza, el coraje y el desinterés por encima de todo hubieran hecho escuela en Chile estaríamos más cercanos a un diálogo y dentro de esa idiosincrasia tan chilena, que animó al radicalismo de la década del cuarenta y especialmente a Gabriel González. Y si, tal como lo expresa Gabriel González Videla, los políticos supieran autovvalorarse y dejar paso a las nuevas generaciones para que en el mundo cambiante y veloz de hoy desarrollaran sus conocimientos y capacidades, ciertamente encontraríamos un consenso para hacer unidos de Chile una nación grande.

**R**